

Gracián y el *Oráculo manual*: de los medios del arte de la prudencia y de la ocasión¹

Elena Cantarino

Universitat de València

Sirva éste de memorial a la Razón en el banquete de sus sabios,
en que registre los platos prudenciales
que se le irán sirviendo en las demás obras,
para distribuir el gusto genialmente (*OM*, “Al lector”)².

Baltasar Gracián (1601-1658) ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús — fundada en 1540 por Ignacio de Loyola (1491-1556)— en Tarragona, el 30 de mayo de 1619, cuando contaba con dieciocho años de edad. El 21 de mayo de 1621 pronunció sus primeros votos y pasó a estudiar filosofía en el Colegio de Calatayud hasta 1623, año en el que fue a Zaragoza a estudiar Teología; allí en 1627 profesó los cuatro votos y recibió las órdenes sacerdotales. Toda su formación intelectual y moral está ligada, por lo tanto, a la pedagogía humanista y a la *Ratio studiorum* de la Compañía. La pedagogía humanística se desarrollaba atendiendo a la aplicabilidad real de las ideas y buscando la integración entre el pensar y el saber hacer: saber hablar y saber escribir³. En 1599 se publicó oficialmente la *Ratio atque Institutio Studiorum*, que tras unas modificaciones realizadas en 1616 se mantuvo hasta el año 1773, fecha en la que Clemente XIV suprimió la Compañía. Se trataba de una ordenación o codificación sobre los métodos y prácticas de la enseñanza, un

¹ Este trabajo, ahora revisado y actualizado, fue publicado en una versión en catalán titulada “Sobre l’art de prudència y l’art de l’ocasió (Notes sobre el Barroc i Gracián)”, en el número 38 de la revista *Quaderns de Filosofia i Ciència* (Valencia, 2008, pp. 115-124). Además debe leerse en consonancia con otros que he publicado sobre la misma temática, véase: “Sobre el oráculo manual de la razón de estado”, en Juan Francisco García Casanova (ed.), *El Mundo de Baltasar Gracián. Filosofía y literatura en el Barroco*, Granada: Universidad de Granada, 2003, pp. 131-153.

² Cito las obras de Gracián por la edición de sus *Obras Completas* preparada por Arturo del Hoyo (Madrid: Aguilar, 1960); excepto *El Criticón* del que doy las referencias de mi propia edición (Madrid: Espasa Calpe, 1998 y Barcelona: Planeta DeAgostini, 2003). Las abreviaturas son las habituales: *C* = *El Criticón*, *P* = *El Político*, *H* = *El Héroe*, *D* = *el Discreto*, *OM* = *Oráculo manual y arte de la prudencia*.

³ Cf. Bertrán-Quera, M. (y otros), *La “Ratio Studiorum” de los jesuitas*, Madrid: Universidad de Comillas, 1986, pp. 30ss.

reglamento sistematizado a modo de manual de metodología didáctica, que reflejaba la interacción de métodos básicos tales como la prelección (preanálisis o preexplicación de los textos), la repetición (medio para alcanzar el aprendizaje progresivo para una eficaz maduración psicológica e intelectual) y la acción realizada en las aulas, complementada por otras actividades que permitían crear un clima de trabajo continuo. La formación integral del alumno, es decir, la formación intelectual y moral se asentaba sobre la base del ideal del humanismo renacentista, atendiendo además a la adaptación del hombre a la sociedad (Fig. 1).



Fig. 1. Baltasar Gracián en la red. Página mantenida por Elena Cantarino

Así pues, si bien el punto de partida de la moral graciana es aristotélico-tomista, en su desarrollo “se observa una inflexión debido al carácter práctico que Gracián da a la virtud: la *dianoia* aristotélica se convierte en *praxis*”⁴. Recordemos que la *phrónesis* de la que habla Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* es una *areté dianoetiké* (I, 13, 1103a4-6), como tal “debe su origen y su incremento principalmente a la enseñanza, y por eso

⁴ Cf. Jorge Ayala, *Gracián: vida, estilo y reflexión*, Madrid: Cincel, 1987, p. 150.

requiere experiencia y tiempo” (II, 1, 1103a12-13). La *phrónesis* no es ni ciencia (*episteme*)⁵ ni técnica (*tecne*) (VI, 5, 1140b2), “tiene que ser, por tanto, una disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno y malo para el hombre. Porque el fin de la producción es distinto de ella, pero el de la acción (praxis) no puede serlo: la buena actuación misma es un fin” (VI, 5 1140b4-7). La *phrónesis* es una virtud y no un arte (*tecne*) (VI, 5, 1140b24), una sabiduría práctica encaminada a la búsqueda de bienes humanos que se les supone a aquellos que saben reconocer lo que es bueno para ellos y para los hombres (VI, 5, 1140b7-11). Pero la *phrónesis* es una virtud de la parte calculativa del alma, de la que forma opiniones (VI, 5, 1140b26), y tiene por objeto —al igual que la opinión y la técnica— lo que puede ser de otra manera (VI, 5, 1140b27; VI, 6, 1140b36), por tanto, versa sobre lo que es contingente. La consideración de este carácter ha hecho afirmar a Aubenque que se puede reconocer en esta concepción de virtud —que para ser una virtud intelectual evoca menos los méritos de la contemplación que los del saber oportuno y eficaz—, una réplica a escala del hombre, un saber más que humano, que la tradición latina transmitirá al occidente cristiano bajo el nombre de *prudencia*⁶.

En la obra de nuestro autor la prudencia se convierte en “arte de prudencia”, un conocimiento y sabiduría práctica⁷, esto es, la prudencia pasa a ser una virtud intelectual práctica que se refiere a la acción humana como algo realizable y operable, y cuya misión consiste en dirigir nuestra conducta⁸. Es la prudencia “el ejercicio de la *razón* natural, no en abstracto, sino en su aplicación concreta y práctica a la *experiencia* de la realidad”⁹, y por eso ve el jesuita en ella el arma más eficaz para triunfar con éxito en el mundo. Aranguren señaló que Gracián es el artífice de la deformación moderna de esta virtud¹⁰: “no se trata, pues de la prudencia en el sentido plenario de esta virtud, sino de lo que se ha llamado la ‘prudencia de la carne’ o, si se prefiere la expresión, la prudencia mundana”¹¹.

⁵ Sobre la diversa consideración de la *phrónesis* como ciencia (*Metafísica*, A, 2, 982 b 4) y como virtud dianoética (*Ética a Nicómaco*, I, 13, 1103 a 6) véase el clásico trabajo de P. Aubenque, *La prudence chez Aristote*, Paris: PUF, 1976².

⁶ Cf. Aubenque, *La prudence chez Aristote, o. c.*, p. 9.

⁷ Sobre la sabiduría práctica en Kant, Gracián y Schopenhauer, véase el trabajo de José M^a García Prada en *Estudios Filosóficos* (Valladolid), XXXVII, 104 (1988), pp. 101-131.

⁸ La virtud “que ajusta y amolda la ley moral universal a todos los casos que pueden presentarse, es lo que llamamos la prudencia” (cf. L. E. Palacios, *La prudencia política*, Madrid: Gredos, 1978, p. 22).

⁹ Cf. J. L. L. Aranguren, “La moral de Gracián”, en *Estudios literarios*, Madrid: Gredos, 1976, p. 119.

¹⁰ Cf. Aranguren, *Ética*, Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. 60.

¹¹ Cf. Aranguren, *o.c.*, 1976, p. 119.

Para Gracián la prudencia es la mayor prenda del político (“Es la capacidad el fundamento de la política (...). Es la capacidad seno de la prudencia”, *P*, 54), la mayor virtud para consolidar el poder (“Con el valor se consiguen las coronas, y con la prudencia se establecen”, *P*, 39), y la “madre de la buena dicha” (*P*, 57), y en ella, y en su carácter práctico, se cimenta la política del siglo XVII¹². Pero en este “arte de prudencia”, en el que se convierte el *Oráculo manual*¹³, se hallarán relacionadas máximas prudenciales tan diversas como el aforismo 47 (“*Huir de los empeños*. Es de los primeros asuntos de la prudencia”), y el aforismo 96 (“*De la gran sindéresis*. Es el trono de la razón, basa de la prudencia, que en fe della, cuesta poco el acertar”).

Otra de las reglas de este “arte prudencial” consiste en *Vivir a la ocasión*: “Mas el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión” (*OM*, 288). Los medios o máximas de este “arte prudencial” o reglas asimismo de la razón de Estado¹⁴ han de adaptarse al caso y a las circunstancias: “El gobernar, el discurrir, todo ha de ser al caso, querer cuando se puede, que la sazón y el tiempo a nadie aguardan” (*OM*, 288).

¹² La prudencia era considerada una virtud necesaria en el príncipe y parte de la “buena razón de Estado”. Pedro de Rivadeneira dedica, por ejemplo, el capítulo XXVIII del libro II a la prudencia del príncipe. Allí puede leerse “la guía y maestra de todas las virtudes morales del príncipe cristiano debe ser la prudencia, que es la que rige y da su tasa y medida á todas las demas (...). Esta prudencia es tan necesaria para la vida humana, que hubo filósofo que redujo todas las virtudes morales á la prudencia, y dijo que no habia otra virtud; pero engañóse; la verdad es que la prudencia es la guía y maestra de todas las virtudes, como dijimos, y la que enseña el medio en que consiste (...). Esta prudencia debe ser verdadera prudencia, y no aparente; cristiana, y no política; virtud sólida, y no astucia engañosa, como dijimos en el principio desta segunda parte que lo deben ser todas las virtudes del príncipe cristiano, XXXII y XXXIII tratará de las cosas que enseña la prudencia y de cómo se alcanza ésta: “(*Tratado de religión y virtudes, que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados* (1595), edición moderna en BAE, Madrid, 1899, t. LX, p. 552). Este jesuita propone un medio inmediato para alcanzar dicha virtud en el capítulo XXXI “Para alcanzar la prudencia es gran medio pedirla á Dios, que es la fuente de todas las virtudes y autor de todo lo bueno” (*ídem*). Sobre la prudencia y la discreción, puedo remitir a mi trabajo “Barroco e historia de los conceptos: apuntes sobre el concepto de discreción”, en *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre la historia conceptual*, Faustino Oncina (ed.), Barcelona: Herder, 2010.

¹³ Sobre el *Oráculo manual* y la historia de la prudencia véase el trabajo de A. D’Ors y Pérez Peix, “Historia de la prudencia (Con ocasión del tercer centenario del *Oráculo manual* y *arte de prudencia* de Baltasar Gracián”, en *Boletín Universidad de Santiago* (Santiago de Compostela), 49-50 (1947), pp. 41-55. Véase también el de Joachim Küpper, “Jesuitismo y manierismo en el *Oráculo manual* de Gracián”, en Sebastian Neumeister (ed.), *Los conceptos de Gracián* (Tercer coloquio internacional sobre Gracián, Berlín, 27-29 de noviembre de 2008), Berlín: Tranvía- Walter Frey, 2010, pp. 15-49.

¹⁴ Sobre la existencia de una “razón de Estado” (con mayúscula) que se aplica al Estado y otra “razón de estado” (con minúscula) que se aplica al individuo, pero ambas con el mismo contenido, véase la que fue mi tesis doctoral *De la razón de Estado a la razón de estado del individuo. Tratados político-morales de Baltasar Gracián (1637-1647)*, Valencia: Servicio de publicaciones de la Universitat de València, 1996.

El papel de la “ocasión” es de gran importancia para comprender no sólo la política y la moral sino también la propia visión del mundo y de la realidad que poseía el hombre barroco¹⁵: “atenerse a la ocasión”, es —decía Maravall— un precepto por excelencia de esta época que consiste en contar con el modo fugaz con que se nos aparece la realidad¹⁶. Tierno Galván afirmaba la existencia de una relación innegable entre el casuismo y la ocasión puesto que “el casuismo es una teoría de la ocasionalidad moral”¹⁷. El casuismo o la “ciencia casuística” ha sido definida como “the science of bringing particular cases under general rules”¹⁸, es decir, como los principios que hay que seguir en los casos de conciencia dudosa. Así entendida la casuística es una ciencia aplicativa y una rama natural y necesaria del oficio pastoral; sin embargo, cayó en descrédito con la aparición de la llamada doctrina del “probabilismo” y los conflictos con el jansenismo y el protestantismo¹⁹. Casuismo y probabilismo se hallan vinculados aunque el primero se

¹⁵ Uno de los *emblemas* de Alciato más conocidos y de mayor repercusión fue el dedicado a la Ocasión (*emblema CXXI*). En él podía leerse lo siguiente:

IN OCCASIONEM

Lysippi hoc opus est, Sicyon cui patria. Tu quis?
Cuncta domans capti temporis striculus.
Cur pinnis stas? Usque rotor. Talaria plantis
Cur retines? Passim me levis aura rapit.
In dextra est tenius dic unde novacula? Acutum
Omni acie hoc signum me magis esse docet.
Cur in fronte coma? Occurrens ut preñar. At heu:tu
Dir cur pars calva est posterior capitis?
Me semel alipedem si quis permittat abire,
Ne possim apprenso postmodo crine capi.
Tali opifex nos arte, tui causa edidit, hospes:
Utque omnes moneam, pergula aperta tenet.

Diego López, en relación con este *emblema*, consideraba la ocasión como sigue: “Es una parte de tiempo que tiene en sí conveniente oportunidad de hacer o no hacer alguna cosa. Los que usan de ella decimos que son sabios y prudentes” (*Declaración magistral de los emblemas de Alciato*, cit. por A. del Hoyo, *o.c.*, 1960, p. 225, n. 1).

¹⁶ Cf. José A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona: Ariel, 1986, p. 392.

¹⁷ Cf. Enrique Tierno Galván, “Introducción” a *El Político* de Baltasar Gracián, Salamanca: Anaya, 1961, p. 14.

¹⁸ Cf. Krik, Kenneth E., *Some Principles of Moral Theology*, London: Spotteswoode, Ballantyne & Co. Ltd., 1961, p. 13.

¹⁹ Algunos años más tarde de la celebración del Concilio de Trento, fray Bartolomé de Medina formuló su teoría del probabilismo contenida en la *Breve instrucción de cómo se ha de administrar el sacramento de la Penitencia*. En ella se desarrollaba un criterio que establecía que, en cuestiones de moral, debía darse la absolución si es que existía la opinión de alguien de reconocido prestigio que la avalara: “en los casos dudosos que por una parte y por otra son probables, y tienen haz y envés, puede el confesor, aunque sea contra la opinión que él tiene, absolver al penitente”. El confesor debía asumir la probabilidad de verosimilitud en la cual los casos dudosos se resolvían en favor del penitente y a tenor de una sola probabilidad aun haciendo abstracción de las demás.

dedica a describir y clasificar minuciosamente las posibles situaciones; y el segundo trate de buscar paliativos o justificaciones a las mismas²⁰.

Pero ¿qué entendían los españoles del siglo XVII por casuística?, y ¿cómo la vinculaban al problema de la prudencia y la razón de Estado? La casuística era el arte de tratar los casos de conciencia y evitar con ello las posibles contradicciones que pudieran ocurrir “según la prudencia lleva la teoría general a la práctica concreta”²¹. La casuística era entendida por los españoles como el camino que señalaría al príncipe “cómo hacer frente a las exigencias de la realidad sin salirse de los límites acotados por la ética cristiana (...). El príncipe tiene la prudencia, y así ésta, moldeada por la casuística, sirve, simultáneamente, como antídoto contra la decepción maquiavélica y medio para traducir la razón de Estado cristiana de la teoría a la práctica”²². El casuismo que permitía salvar la disyuntiva político-moral, se vio “perfeccionado” por los jesuitas que introdujeron un nuevo aspecto para justificar alguna acción dudosa: la dirección de la intención.

Gracián, profesor de “liciones de casos de conciencia” en Lérica (1631-1633) y digno representante de la Compañía en estos menesteres, fue el ejemplo más importante de la influencia del casuismo en la literatura. Caro Baroja afirmaba que Gracián era “un hijo de la casuística y el probabilismo” y un “laxista que hubiera asustado a Pascal”²³. Pelegrín ha sostenido que “l’oeuvre entière de Gracián est une casuistique, un étude des cas”²⁴; y Maravall opinaba que “el juego entre la ocasión y el saber humano, acondicionado al ‘caso’, saber al que se llamará ‘sindéresis’, constituye todo el esquema del comportamiento

²⁰ Julio Caro Baroja ha estudiado y repasado los antecedentes de los criterios de probabilidad y conjetura en los siglos XVI y XVII y ha analizado el casuismo y el probabilismo en sus distintas modalidades (morales, sociales y económicas). Véase *Las formas complejas de la vida religiosa (Siglos XVI y XVII)*, Madrid: Sarpe, 1985.

²¹ Cf. José M. Fernández-Santamaría, *Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640)*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986.

²² *Idem*.

²³ Cf. Caro Baroja, *Las formas complejas...*, o.c., p. 613 y p. 500.

²⁴ Cf. Benito Pelegrín, *Éthique et esthétique du baroque. L’espace jésuitique de Baltasar Gracián*, Arles, Actes Sud, 1985, p. 34: “Les contradictions qui ont toujours déconcerté la critique disparaissent si l’on consent à voir l’oeuvre de Gracián pour ce qu’elle est: *une étude de cas*. Casuistique du succès, de la réussite mondaine, politique: *El Héroe, El Político, El Discreto*; casuistique des figures, cas de *figures* que l’*Agudeza*; casuistique, casiers habilement désordonnés que les aphorismes de la réussite de l’*Oráculo*; cas de figures morales que chaque *crisi* ou chapitre du *Criticón*, et figures animiques de la préparation à la communion: le *Comulgatorio*”.

político, social y moral en Baltasar Gracián”²⁵. Al parecer de estos intérpretes nadie como él desarrolló este aspecto hasta convertirlo en eje central de su obra²⁶.

Gracián, siguiendo a la mayoría de los escritores políticos de su tiempo, cree que la política debe vencer la ocasión. Fernando el Católico —“el *non plus ultra* de los heroicos reyes”, “centro de los rayos de la prudencia” (*H*, I), y el mayor príncipe político de la razón de Estado—, “gobernó siempre a la ocasión, el aforismo máximo de su política” (*P*, 51) y “fué rey de prendas y de ocasiones, cortadas éstas a la medida de aquéllas” (*P*, 54)²⁷. El político como vencedor de la ocasión es, en el orden de la moralidad, necesariamente un casuista; y, exagerando, quizás pudiéramos decir que el “héroe político-moral” es para Gracián el “casuista mejor de la ocasión”²⁸. El jesuita, en suma, incorpora a sus propios elementos los elementos pragmáticos de la sensibilidad contrarreformista de forma que el probabilismo casuista y el desarrollo imbricado del ocasionalismo se dan en todos los ámbitos y, especialmente, en la política y en la moral.

En *El Discreto*, nuestro autor alegoriza la Ocasión colocándola en un palacio hacia el cual la Espera se encamina: “En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo al palacio de la Ocasión” (*D*, III). El hombre discreto debe saber que hay “vez para lo serio y también para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda acción pide sazón” (*D*, VII), y que “una adecuada comprensión de las circunstancias que se requieren para el acierto individual. Su primera atención es a la ocasión, que es la primera regla del acertar” (*D*, X); y como “aun lo muy excelente depende de las circunstancias”,

²⁵ Cf. Maravall, “Maquiavelo y maquiavelismo”, en *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1984, p. 55.

²⁶ Clément Rosset ha afirmado que “ninguna obra filosófica está tan directamente inspirada en el pensamiento sofista como la obra de Baltasar Gracián. Sus dos temas principales —la apariencia y la ocasión— eran ya los dos temas principales de los sofistas: el fenómeno y el momento oportuno” (cf. Rosset, *La anti-naturaleza*, Madrid: Taurus, 1974, p. 199).

²⁷ Gracián vincula, en este pasaje de *El Político*, la ocasión y las prendas o talentos y hace dependencia recíproca de ellas: “Tuvieron algunos príncipes excelentes prendas, pero faltáronles las ocasiones de emplearlas. Al contrario, otros tuvieron las ocasiones y faltáronles los talentos, que no sé cuál condene por mayor infelicidad. No las afectó Fernando, ni las violentó; su dicha le convidaba con ellas. Andan algunos a caza de ocasiones, sacando de sus quicios el universo, y al cabo los oprime su dolencia” (*P*, p. 54).

²⁸ Cf. Tierno Galván, *o.c.*, 1961, p. 13

debe saber que incluso el lucimiento de sus mejores prendas “ha de ser muy templada y muy a la ocasión”, “lógrese la ocasión, que aquél es el día de su triunfo” (*D*, XIII).

El hombre prudente diseñado en el *Oráculo* debe también “atenerse a la ocasión” no sólo en el empleo de sus saberes (“tener una sazónada copia de sales en dichos, de galantería en hechos, y saberlos emplear en su ocasión”, *OM*, 22); sino también en la demostración de su sentimiento (“un sentimiento en su ocasión es acto personal”, *OM*, 266). Pero como “no siempre está uno de ocasión” (*OM*, 185), el buen uso de ésta es todo un arte, pues no hay que ser un hombre “ocasionado”²⁹, “ni para empeñarse, ni para empeñar” (*OM*, 221); “hay hombres ocasionados por genio, y aun por nación, fáciles de meterse en obligaciones, pero el que camina a la luz de la razón siempre va muy sobre el caso; estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que haya un necio ocasionado, excusa que con él no sean dos” (*OM*, 47)³⁰ (Fig. 2).

DICCIONARIO
DE CONCEPTOS DE
BALTASAR GRACIÁN

Elena Cantarino y Emilio Blanco
(coords.)



CATEDRA

Fig. 2. Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián

²⁹ Registraba Sebastián de Covarrubias que “ocasionado” es “el hombre que tiene tan mala condición que por ella da ocasión a otros para descomponerse” (*Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), edición moderna de Martín de Riquer, Barcelona: Alta Fulla, 1989, p. 834).

³⁰ Sobre la ocasión véanse la entrada correspondiente, debida a Emilio Blanco, del *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián*, Elena Cantarino y Emilio Blanco (coords.), Madrid: Cátedra, 2005, pp. 183-189. También el trabajo de Rubén Soto Rivera, “El concepto de ocasión en Baltasar Gracián”, *Conceptos. Revista de Investigación graciana*, 3 (2006), pp. 69-84.

Porque “el que vence no necesita de dar satisfacciones” y “nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento”, Gracián nos advierte de la atención que hay que poner a que salgan bien las cosas (*OM*, 66): “Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios”. Para conseguir “la dicha de salir bien” (*OM*, 66) no hay más que “obrar con buenos instrumentos” (*OM*, 62)³¹; instrumentos y medios que ofrece Gracián en sus propios tratados a través de *primores*³², *realces* y *aforismos*³³, y que se hacen necesarios pues “más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos que con todo un pueblo en los pasados” (*OM*, 1). Dos tretas defensivas básicas en relación con las clásicas potencias fundamentales³⁴ son propuestas por Gracián en su primer tratado: ocultar los designios del entendimiento (“Que el héroe platique incomprehensibilidades de caudal”; *H*, I y *OM*, 94) y ocultar las inclinaciones de la voluntad (“Cifrar la voluntad”; *H*, II y *OM*, 98)³⁵. Pero si se trata de “cifrar la voluntad” de uno mismo también se trata de “mover voluntades” de los otros y, en este sentido, la destreza consiste en “un saber por dónde se le ha de entrar a cada uno” (“Hallarle su torcedor a cada uno”, *OM*, 26)³⁶. Desde el primer momento el disimulo (“El más plático

³¹ Buenos instrumentos que en el arte de gobernar deben tornarse buenos “ministros”. En *El Político* había señalado: “Este gran empleo del reinar no puede ejercerse a solas; comuníquese a toda la serie de ministros, que son reyes inmediatos. ¿Qué importa que el príncipe sea excelente en sí si los ayudantes le desacreditan?” (*P*, p. 63). En el *Oráculo* afirmará que “nunca la bondad del ministro disminuyó la grandeza del patrón; antes, toda la gloria de los aciertos recae después sobre la causa principal, así como, al contrario, el vituperio” (*OM*, 62).

³² Gracián utiliza en *El Héroe* la palabra *primor* en sustitución de la palabra “capítulo” y la usa en el sentido de “excelencia” recogido en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (1611); por ello también usa sinónimos u otros términos relacionados con este sentido como arte, artificio, destreza, habilidad, lucimiento, perfección, prenda, realce, treta y sutileza.

³³ Sabido es que muchos de los trescientos aforismos, pero no todos, del *Oráculo* se “discurren en las obras” anteriores de Gracián; por esta razón cuando mencionemos los *primores* y los *realces*, señalaremos junto a ellos también el aforismo en el que se repiten o reflejan. Sobre datos concretos de la cuantía y procedencia de los aforismos, véase M. Romera-Navarro (edición del *OM*, Madrid: CSIC, 1954) y E. Blanco (edición del *OM*, Madrid: Cátedra, 1995).

³⁴ A. del Hoyo considera que al establecer en las dos potencias particulares del alma, entendimiento y voluntad, las dos máximas prendas heroicas, Gracián es, en su arranque, fundamentalmente tomista, y puede establecerse que “la originalidad de *El Héroe* estriba en una sutil y asombrosa adaptación tipológica y política de la doctrina tomista del acto humano” (cf. A. del Hoyo, *o.c.*, p. cxxxiv). Un minucioso análisis de este tratado bajo presupuestos aristotélico-tomistas se lo debemos a P. Werle (*El Héroe. Zur Ethik des Baltasar Gracián*, Tübingen: Narr, 1992).

³⁵ Ambas son complementarias pues “lega quedaría el arte si, dictando recato a los términos de la capacidad, no encargase disimulo a los ímpetus del afecto” (*H*, II).

³⁶ El aforismo 3, “Llevar sus cosas con suspensión”, donde se estima la veneración y la expectación causadas por el misterio, la arcanidad y el “recatado silencio” frente a la declaración, al darse a entender con llaneza y al jugar a juego descubierto (“que ni son de utilidad ni de gusto”), está también relacionado con la idea central desarrollada en estos dos *primores* de *El Héroe*. Sobre el “recatado silencio”, estas dos tretas primeras del héroe y, en general, sobre la teoría del silencio en el Barroco, puede consultarse mi trabajo “Del silencio de la razón a las razones del silencio (Aspectos para una teoría del silencio en el Barroco)”, París: PUPS (en prensa).

saber consiste en disimular”, *OM*, 98) y la ocultación de sí mismo es un medio básico de la razón de Estado; así lo acreditaron políticamente Tiberio y Luis XI de Francia (“Es gran parte del regir el disimular”, *OM*, 88), ejemplos utilizados por Gracián. El aforismo 4, “El saber y el valor alternan grandeza”, parece resumir y unificar los primores III y IV en los que Gracián afirmaba que el entendimiento es origen de toda grandeza y la mayor prenda de un héroe (*H*, III), y deseaba para su modelo “un corazón de rey” porque “¿qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? (...) es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos” (*H*, IV)³⁷. Otras perfecciones dependientes de la capacidad (entendimiento) son necesarias para causar estimación, el tener un “gusto relevante” (*H*, V y *OM*, 65) es una de ellas; así como hay cultura de ingenio, hay cultura de gusto (hijo del entendimiento y hermano del ingenio), pero “sólo un gran conocimiento, favorecido de una plática llega a saber los precios de las perfecciones”, por ello Gracián advierte que “donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje; deténgase no descubra antes la falta propia que la sobra extraña”. La industria y la diligencia suplen con prendas adquiridas las que el favor del Cielo no quiso dar como naturales; pero “no toda arte merece estimación, ni todo empleo logra crédito”, como el varón máximo debe aspirar a una universalidad plausible debe considerar que “muchas medianías no bastan a agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia a asegurar superioridad”, logre pues el héroe la “eminencia en lo mejor” (*H*, VI y *OM*, 61) y la “excelencia de primero” (*H*, VII y *OM*, 63). Pero no es menor la destreza de topar con los “empleos plausibles” (*H*, VIII y *OM*, 67), se ha de preferir los empeños y asuntos dignos o merecedores de aplauso, y éstos son los que se ejecutan a vista de todos y a gusto de todos, expuesto al universal teatro: “*Obrar siempre como a vista*”, pues “sabe que las paredes oyen, y que lo mal hecho revienta por salir. Aun cuando solo, obra como a vista de todo el mundo, porque sabe que todo se sabrá” (*OM*, 297). Dar con “la prenda relevante en sí” (“Del quilate rey, *H*, IX), con “el tributo rey de su caudal” o “conocer su realce rey: la prenda relevante, cultivando aquélla y ayudando a las demás” (*OM*, 34) que no es más importante que “conocer su defecto rey. Ninguno vive sin el contrapeso de la prenda relevante, y si le favorece la inclinación, apodérase a lo tirano” (*OM*, 225), y de ahí a conocer el resto de los defectos, “por más autorizados que estén” (*OM*, 186). Se ha tener

³⁷ Un corazón grande tenían Alejandro, César y Carlos VII de Francia entre los héroes políticos con los que el jesuita ejemplifica este *primor*. El aforismo 102 lleva por título: “*Estómago para grandes bocados de la fortuna*”.

“tanteada la fortuna al empeñarse” y al proceder (*H*, X y *OM*, 36) y saber “dejarse”, ganando con ella (*H*, XI y *OM*, 38)³⁸, son políticos *primores* y reglas y contratretas de discreción política³⁹. Obtener la “gracia de las gentes” (*H*, XII y *OM*, 40), ganando su voluntad para conquistar su afición y su benevolencia es aventajado artificio; ya que “la cortesía es el mayor hechizo político de grandes personajes” y “estar en opinión de dar gusto” es una gran ventaja, para obtener la aprobación, la estimación y la obediencia ajenas: “para los que gobiernan, gran crédito de agrandar: realce de soberanos para conquistar la gracia universal” (*OM*, 32). Mas el “despejo” (*H*, XIII y *OM*, 127) es “alma de toda prenda, vida de toda perfección, gallardía de las acciones, gracias de las palabras, y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inteligencia y extraña la explicación” y el “natural imperio” (*H*, XIV y *OM*, 42) es “un señorío innato, una secreta fuerza de imperio que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión”. La “simpatía sublime” (*H*, XV) “consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía en un divorcio de las voluntades” pero además se nos propone en el *Oráculo* el parentesco de genios y así la “simpatía con los grandes varones (*OM*, 44); y la “renovación de grandeza”, “usar el renovar su lucimiento” o “el renacer en el valor” (*H*, XVI y *OM*, 81) son tretas para “remozar la fama y volver a renacer al aplauso”. De nuevo incide Gracián en que “toda prenda, todo realce, toda perfección, ha de engastar en sí un héroe, pero afectar, ninguna” (*H*, XVII y *OM*, 123), porque “la perfección ha de estar en sí; la alabanza en los otros”; “es la afectación el lastre de la grandeza”, pero por si algún lector todavía no ha comprendido, no deja dudas acerca de en qué consiste este primor: “Afectó Tiberio el disimular, pero no supo disimular el disimular. Consiste el mayor primor de un arte en desmentirlo, y el mayor artificio, en encubrirle con otro mayor”. No en la imitación sino en la “emulación de ideas” (*H*, XVIII) debe el varón culto empeñarse, proponerse “tomar liciones de grandeza” de los varones eminentes pero “no para seguirles, sí para adelantárseles”, al tiempo que debe “elegir idea heroica más para la emulación que para la imitación” (*OM*, 75). Una

³⁸ Otros aforismos toman a la Fortuna como tema; entre ellos, se alude a su naturaleza variable (“*Fortuna y fama*. Lo que tiene de inconstante la una, tiene de firma la otra”, *OM*, 10), o a la utilidad de conocer la ventura (“*Conocer los afortunados para la elección, y los desdichados para la fuga*. La mejor treta del juego es saberse descartar”, *OM*, 31). Véase el concepto de “fortuna”, debido a Karine Durin, incluido en el *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián, o. c.*, pp. 113-119.

³⁹ En *El Político* no es la ciega y vulgar fortuna la autora de los imperios sino la Providencia; también en *El Héroe* Gracián eleva a la justísima Providencia por encima de la corsaria e inestable fortuna (“faltarle de constante lo que le sobra de mujer, sienten algunos escocidos”, *H*, XI), pero advierte que “regla es de muy maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes” y “parte es deste político primor saber discernir los bien y mal afortunados, para chocar o ceder en la competencia” (*H*, X).

“paradoja crítica” (*H*, XIX) o primor crítico consistente en “deslizar venialmente en la prudencia o en el valor para entretener la envidia, para cebar la malevolencia”: se trata pues de “saber usar del desliz” (*OM*, 73) o “permitirse algún venial desliz” (*OM*, 83). Concluye Gracián su bosquejo de varón máximo, incluido en su oráculo manual, otorgándonos “la mejor joya de la corona” (*H*, XX): “todo el lucimiento descende del Padre de ellos”: la virtud. Felicidad, grandeza y virtud⁴⁰ corren paralelas y de todas ellas debe participar un héroe que pretenda serlo: “es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades” (*OM*, 300). De esta forma completa su modelo de heroicidad, entre prendas naturales y destrezas o habilidades conseguidas con arte o técnicas adecuadas, y, de forma o no retórica, concluye apelando a un evidente fundamento de la razón de Estado: la religión o la fe (“ser héroe del mundo, poco o nada es; serlo del Cielo es mucho”, *H*, XX).

Comienza su modelo de discreción, también incorporado en el oráculo manual, señalando “los dos ejes de lucimiento de prendas”, genio e ingenio (*D*, I y *OM*, 2)⁴¹, sobre los que se estructurarán las prendas y a partir de los cuales debe un aspirante a discreto conocerse: “comience por sí mismo el Discreto a saber, sabiéndose”. La humana naturaleza debe adelantarse cada día con una y otra perfección a través del arte y la cuidadosa industria, para alcanzar el “señorío en el decir y en el hacer” (*D*, II y *OM*, 122), “requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señorial”⁴². Ser “hombre de espera” (*D*, III y *OM*, 55) que ni se apresure ni se apasione (“hase de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasión. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos”); cuya “galantería” (*D*, IV y *OM*, 131) sea esfera de su magnanimidad, generosidad y clemencia, que es “política

⁴⁰ Es evidente la referencia a la virtud cristiana, pues “no puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios que lo es todo” (*H*, XX); sin embargo, también en “los gentiles y infieles” se halla el fundamento de su grandeza en “algunas virtudes morales”. Sobre el concepto de virtud y la entereza véase Felice Gambin (“Anotaciones sobre el concepto de ‘virtud’ en Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*, J. Ayala (coord.), Barcelona, Suplementos Anthropos, 1993, pp. 62-76; “Tientos para un análisis del concepto de virtud en Gracián”, en *Conceptos. Revista de investigación graciana*, 1 (2004), pp. 59-72; y el concepto de “virtud” en *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián*, Elena Cantarino y Emilio Blanco (coords.), Madrid: Cátedra, 2005, pp. 223-228.

⁴¹ También puede considerarse que el aforismo 18 (“*Aplicación y minerva*. Requiere, pues, naturaleza y arte, sella la aplicación”) está vinculado con el genio (naturaleza) y el ingenio (arte).

⁴² Este segundo *realce* está relacionado con el *primor* XIV y el aforismo 42 (“Del natural imperio”).

también, y aun la gala de la mayor razón de Estado”. Pero un aspirante a discreto debe ser también “hombre de plausibles noticias” (*D*, V y *OM*, 22), con una “sabiduría cortesana” y una “conversable sabrosa erudición”, es decir, una “ciencia del buen gusto” que no la “enseñan los libros ni se aprende en las escuelas”, una erudición que es “noticia universal de todo” y “un plático saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas” por lo que hay que poner “atención al informarse” (*OM*, 80) y. “conocer las eminencias de su siglo” (*OM*, 203). No debe ser “desigual”, de proceder anómalo (*D*, VI y *OM*, 71) pero sí “hombre de todas horas” (*D*, VII) que no ha de atarse “a un empleo solo, ni determinar el gusto a un objeto”, sino ser “verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo”. Un “buen entendedor” (*D*, VIII y *OM*, 25) pues no basta con discurrir es “menester adivinar” ya que “las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir” y “al entendido, un buen entendedor” (*OM*, 193) al que aconseja “no estar siempre de burlas” (*D*, IX y *OM*, 76) pues “no hay mayor desaire que el continuo donaire”. El discreto ha de ser “hombre de buena elección” (*D*, X y *OM*, 51); aparte de que “supone el buen gusto y el rectísimo dictamen”, todo el saber humano “se reduce hoy al acierto de una sabia elección”, y no debe meterse “a querer dar gusto a todos que es imposible”, y viene “a disgustar a todos, que es más fácil”; por tanto, no ha de ser “malilla” (*D*, XI y *OM*, 85) pero sí “hombre de buen deajo” (*D*, XII y *OM*, 59), que ha de saber dejar las cosas antes que ellas lo dejen (“no aguardar a ser sol que se pone”, *OM*, 110) y poner más cuidado en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada; incluso “hombre de ostentación” (*D*, XIII y *OM*, 277) pues aunque es “política contienda qué importe más, la realidad o la apariencia”, “la mayor sabiduría, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces”, ya que “las cosas comúnmente no pasan por lo que son, sino por lo que parecen” y “no basta tener razón con cara de malicia” (“Realidad y apariencia,” *OM*, 99; “Hacer, y hacer parecer”, *OM*, 130). “No rendirse al humor” (*D*, XIV y *OM*, 69) porque “es efecto grande de la prudencia la reflexión sobre sí” y “una gran capacidad no se rinde a la vulgar alternación de los humores, ni aun de los afectos”; y “tener buenos repentes” (*D*, XV y *OM*, 56), pues “suple la vivacidad del ingenio a la profundidad del juicio”, son también prendas de discreción. Ni la extravagante y frívola singularidad, ni la vanísima hinchazón son propias del discreto que ha de aborrecer todo género de “figurería” (*D*, XVI) además debe “acomodarse a lo corriente” y “vivir a lo plático” (*OM*, 120). Ha de ser un “hombre en su punto” (*D*, XVII y *OM*, 6)

perfeccionándose en lo natural y en lo moral, hasta llegar a la sazón, a varón hecho y perfecto, a hombre consumado que se conocerá en “lo acertado de su juicio” y en “lo sazonado de su gusto”, “sabio en dichos, cuerdo en hechos”⁴³. “Cultura y aliño” (*D*, XVIII y *OM*, 87)⁴⁴ son necesarias en un varón discreto que la cultura hace personas y el aliño no ha de ceñirse al entender sino que ha de extenderse al querer y al conversar. Pero no basta con ello, pues el discreto debe ser “hombre juicioso y notante” (*D*, XIX y *OM*, 49), zahorí de entendimiento y descifrador de intenciones y fines, mas “no encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido”. A favor de las hazañas pero “contra la hazañería” (*D*, XX y *OM*, 295) que es soberbia, vana, ostentativa y encarecida; el discreto ha de ser “diligente y inteligente” (*D*, XXI y *OM*, 53) porque “tanto necesita la diligencia de la inteligencia como al contrario. La una sin la otra valen poco, y juntas pueden mucho. Esta ejecuta pronta lo que aquélla, detenida, medita, y corona una diligente ejecución los aciertos de una bienintencionada atención”. “Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la substancia” por ello “es el modo una de las prendas del mérito” así atiende el discreto al “modo y agrado” (*D*, XXII y *OM*, 14); mas el “arte para ser dichoso” (*D*, XXIII y *OM*, 21) hallar la virtud “que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia” y “no hay otro arbitrio sino el de la virtud y la atención”. Pero si la prudencia hace dichoso al discreto la “corona de la discreción” es la entereza (*D*, XXIV y *OM*, 29)⁴⁵ es la entereza: “sol de los reales, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad, y de la discreción complemento”. Finaliza Gracián su diseño del discreto y de las reglas prudenciales que este ha de seguir señalando que “mide su vida el sabio como el que ha de vivir poco y mucho”, por ello la “cultura repartición de la vida de un discreto” (*D*, XXV y

⁴³ En el aforismo 6 se afirma además que se conocerá al varón consumado en “lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad”. También el aforismo 202 (“Dichos y hechos hacen un varón consumado”) contiene algunos aspectos similares, y en el aforismo 29 se dice que “tres cosas hacen un prodigio”: “ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo”.

⁴⁴ El aforismo 12 (“Naturaleza y arte, materia y obra”), resume o expresa similares ideas pues “el mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura”.

⁴⁵ Este aforismo subraya un sentido político interesante: “Que tiene pocos fines la entereza. Celébrala muchos, mas no por su casa; síguenla otros hasta el peligro; en él, los falsos la niegan, los políticos la disimulan (...). Abstrahen los astutos con metafísica plausible por no agraviar, o la razón superior o la de Estado, pero el constante varón juzga por especie de traición el disimulo, préciase más de la tenacidad que de la sagacidad, hállase donde la verdad se halla, y, si deja los sujetos, no es por variedad suya, sino dellos, en dejarla primero”.

OM, 229)⁴⁶ ha de hacerse atendiendo a las edades de la vida del hombre proporcionadas por la naturaleza considerando las estaciones del año y sus cuatro tiempos.

Pero otros muchos medios o reglas de prudencia se nos ofrecen a través de diversos aforismos del *Oráculo* que no se corresponden con los *primores* o *realces* que hemos señalado. Entre ellos figuran los que más preocuparon y espantaron —no en el sentido de “maravillarse” o “admirarse” que a veces utiliza Gracián y que viene recogido en el *Tesoro*, sino en el sentido de causar miedo u horror que también viene señalado por Covarrubias— a los más fervientes defensores del antimachiavelismo de nuestro autor al no saber cómo interpretarlos; mientras que sirvieron a otros para definir a nuestro autor como el antimachiavelista más machiavélico: Obrar de intención, ya segunda y ya primera (OM, 13)⁴⁷; Conocer y saber usar de las varillas (OM, 37); Saber usar de los enemigos (OM, 84)⁴⁸; Obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia (OM, 91); No es necio el que hace la necedad, sino el que, hecha, no la sabe encubrir (OM, 126)⁴⁹; Antes loco con todos que cuerdo a solas (OM, 133)⁵⁰; Entrar con la ajena para salir con la suya (OM, 144)⁵¹; Saber declinar a otro los males (OM, 149)⁵²; Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir (OM, 152)⁵³; Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado (OM, 163)⁵⁴; Sin mentir, no decir todas las verdades (OM, 181)⁵⁵; Valerse de la privación ajena (OM, 189); Reservarse siempre las últimas tretas del arte (OM, 212); Cuando no puede uno vestirse la piel del león, vístase la de la vulpeja (OM, 220); Nunca partir secretos con mayores (OM, 237); Ir siempre prevenido (OM, 256).

⁴⁶ En este *realce* y aforismo se fragua y resume, respectivamente, el proyecto de *El Criticón* como tantas veces se ha señalado por la crítica.

⁴⁷ El aforismo 215 señala: “Atención al que llega de segunda intención. Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla, que es vencida en siendo convencida. Disimula el intento, para conseguirlo, y pónese segundo para que en la ejecución sea primero”.

⁴⁸ En el aforismo 158 se nos aconseja también: “Saber usar de los amigos. No sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad”.

⁴⁹ En el aforismo 214 se nos advierte: “No hacer de una necedad dos. Es muy ordinario para remendar una cometer otras cuatro”; y cuestiones similares se plantean en el aforismo 240 (“Saber usar de la necedad”) y en el aforismo 261 (“No proseguir la necedad”).

⁵⁰ También relacionado con el aforismo 270 (“No condenar solo lo que a muchos agrada”).

⁵¹ El aforismo 193 advierte: “Atención al que entra con la ajena por salir con la suya. No hay reparo para la astucia como la advertencia”.

⁵² En el aforismo 187 volverá a tratar parecido asunto: “Todo lo favorable, obrarlo por sí; todo lo odioso, por terceros”.

⁵³ También el aforismo 197 considera algo similar: “Nunca embarazarse con necios. Mal puede ayudar al crédito ajeno quien no le tiene propio”.

⁵⁴ En el aforismo 285 se nos dice: “No perecer de desdicha ajena. Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco mal”.

⁵⁵ El aforismo 210 señala: “Saber jugar de la verdad”.

Son estas algunas de la tretas y contratretas más llamativas, pero todas ellas son —opinaba el propio Gracián— “aciertos del vivir” y “platos prudenciales” (*OM*, “Al lector”). A través de estas máximas se otorgan u ofrecen las normas políticas a todo el que quiera triunfar en la vida⁵⁶. De ese “arte de vencer” —opina Pelegrín— Gracián da unas claves que descansan —según el análisis de este intérprete en tres principios de acción⁵⁷: un primer principio que es activo (“Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre”, *OM*, 13); un segundo principio que es una constatación (“Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen”, *OM*, 99); y un tercer principio operacional (“Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos”, *OM*, 251). Pero ni este principio de acción operacional basado en una regla de San Ignacio, como el propio Gracián recuerda (“regla de gran maestro, no hay que añadir comentario”, *OM*, 251)⁵⁸, que sólo distingue entre medios pero nada dice acerca de su naturaleza y mucho menos alude al fin perseguido, ni los otros principios de acción (*OM*, 13 y *OM*, 99), en los que se asienta —también a nuestro entender— la razón de E/estado permitirían clasificar⁵⁹ los medios en función de ésta. Mas si atendemos al fin perseguido por la razón de E/estado, que no es otro que la adquisición, conservación y aumento del E/estado, es decir, del dominio o señorío de un príncipe (Estado) o del dominio o señorío de sí mismo en un individuo (estado), tal vez el mismo fin podría señalarnos la

⁵⁶ Pelegrín ve en ello la “democratización de la moral aristocrática que resulta ser el *Oráculo manual*” (cf. B. Pelegrín, “Estudio introductorio y clasificación temática de aforismos” en su edición del *Oráculo manual y arte de prudencia*, Zaragoza: Guara, 1983, p. 44).

⁵⁷ Cf. B. Pelegrín, Traducción, introducción y notas a *Manuel de poche d’hier pour hommes politiques d’aujourd’hui et quelques autres*, Paris, Libres-Hallier, 1978, p. 30 y *Éthique et esthétique du baroque. L’espace jésuitique de Baltasar Gracián*, Arles: Actes Sud, 1985, pp. 196-197. Los tratados de Gracián y *El Criticón*, cuentan con traducciones —presentadas y anotadas— por Benito Pelegrín en París: Éditions du Seuil, publicadas en 2005 y 2008, respectivamente.

⁵⁸ Este aforismo ha sido resaltado en múltiples ocasiones por la crítica como “el más extraordinario y paradójico, y el de más difícil interpretación” (cf. F. Maldonado de Guevara, *Lo fictivo y antifictivo en el pensamiento de San Ignacio de Loyola*, Madrid: Sociedad Anónima Española de Traductores y Autores/Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1940, p. 5); como la “clave de toda la mentalidad graciana” (cf. M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián: en su vida y en sus obras*, Zaragoza: IFC, 1969, p. 137); como el que “le sirve para anunciar la distinción y autonomía en el ámbito de la conducta humana, entre naturaleza y gracia” (cf. J. A. Maravall, “Antropología y política en el pensamiento de Gracián”, *o.c.*, pp. 347-348); o como un “microcosmos” del estilo y pensamiento gracianos de gran “relevancia temática” y “complejas implicaciones políticas, teológicas y existenciales” que manifiesta, además, “todo un conjunto de recursos estilísticos y retóricos característicos de su autor” (cf. J. García Gibert, “Medios humanos y medios divinos en Baltasar Gracián (La dialéctica ficcional del aforismo 251)”, en *Criticón*, 73 (1998), pp. 61-82).

⁵⁹ Las primeras ediciones del *Oráculo* aparecieron sin numeración en los aforismos y algunos comentaristas sostienen que no existe ningún orden en la disposición de éstos; otros intérpretes han intentado una organización de la ideología graciana como reflejo de unos conceptos de orden normativo, táctico y contemplativo (cf. H. Jansen, *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracian*, Genève-Paris: Droz-Minard, 1958); o bien han propuesto clasificar o distribuir los trescientos aforismos según diversos temas (cf. Pelegrín, *o.c.* 1978 y 1983).

clasificación de los medios, y, en este sentido, consideramos factible, aunque sin duda arriesgada —como ya hemos dejado apuntado en más de una ocasión—, una reorganización de los *primores*, *realces* y aforismos desde la adquisición (“Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor”, *OM*, 1; “Conocer su realce rey”, *OM*, 34; “Conocer su defecto rey”, *OM*, 225), conservación (“Hacer depender”, *OM*, 5; “Saber excusar pesares”, *OM*, 64; “Arte para vivir mucho”, *OM*, 90) y aumento (“Hombre en su punto”, *OM*, 6; “Aplicación y minerva”, *OM*, 18; “Hombre universal”, *OM*, 93) como parámetros que identifiquen su contenido. De esta forma y según dichos parámetros podríamos diseñar o rediseñar ese “arte de prudencia” que permita ajustarse a la ocasión bien del Estado, bien del estado del individuo⁶⁰.

⁶⁰ En este sentido estoy preparando una edición del *Oráculo manual y arte de prudencia* para la editorial Tecnos de Madrid (2011).